

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

## La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

Pida  
detalles  
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 299

50 Cts.



LA  
SANGRE MANDA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FOR  
LON CHANEY  
LOIS MORAN  
OWEN MOORE

Films  
de Catalunya



BROWNING, Tod

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 299

*The Road to Mandalay, 1926*

## LA SANGRE MANDA

Emocionante producción, interpretada por el inimitable gran artista

**LON CHANEY,**

la primorosa Loïs Moran y el notable galán  
Owen Moore

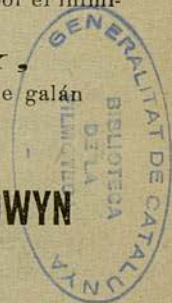
Producción **METRO - GOLDWYN**

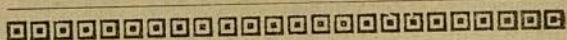
Exclusiva de

**METRO-GOLDWYN CORPORATION**

Mallorca, 220 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
JUANA CRAWFORD





# LA SANGRE MANDA

## Argumento de la película

El puerto oriental de Singapur es refugio de gente extraña, Babel de hombres errantes que buscan en los oscuros cafetines de la ciudad un aliento de malsana vida.

Puerto bravo, en el extremo de la tierra asiática, guarida de aventureros al margen de las leyes, seres que aman la existencia dura, peligrosa y brutal de los antiguos piratas.

Un barco desafiaba el mar tempestuoso acercándose a Singapur. Arreciaba la tormenta, las olas saltaban sobre la borda, rociando con agua negra, espumosa, la cubierta.

Ante el timón un hombre manejaba el gobierno de la nave, sorteando los peligros de la furia marina.

Poco a poco amainó la tempestad, las olas volvieron a teñirse de azul y la embarcación pudo fondear en el puertó.

El armador del buque desembarcó. Este hombre era conocido por Pepe el de Singapur. Tenía todo el aspecto de un verdadero pirata, capitán al frente de un buque corsario, gobernando las huestes bárbaras de la tripulación. Su cara era inolvidable, siniestra carátula de fealdad. Era tuerto, su ojo izquierdo aparecía velado de blanco y por contraste el derecho brillaba fascinador, como el ojo misterioso de una deidad.

Había perdido el ojo a causa de un navajazo cuyas huellas se marcaban hundidas en el rostro. Su defecto físico hacía más repulsiva su figura fuerte, áspera de criminal.

Pepe el de Singapur era también propietario de un cafetín de la ciudad, un figón donde se reunían todos los detritus humanos. Su barco frecuentaba las costas chinas realizando contrabando de alcohol o de opio, siempre al servicio de industrias productivas.

Cuando aquella tarde llegó a Singapur, Pepe se dirigió al cafetín. Reinaba en él esa animación eternamente palpitante de todos los puertos. Gentes de las cinco partes del mundo se reunían bajo su techo ennegrecido. Algunas mujeres bailaban medio desnudas, excitando con la voluptuosidad de sus danzas a la gente marinera, fatigada de la soledad de las largas

travesías. Hombres taciturnos bebían apurando sin cesar, copa tras copa...

Pepe se enteró de lo ocurrido durante su ausencia y luego se encerró en su habitación. Cuando volvía de un viaje, gustaba de un descanso animal que le proporcionase nuevas energías.

Aquella noche la policía hizo una visita al cafetín. Tenía noticia de que en él se refugiaban gentes de sospechosa conducta que organizaban el contrabando y a veces también la trata de blancas, embarcando a puertos americanos hermosas muchachas de Oriente.

Pepe, apenas se dió cuenta de la inspección, ordenó a uno de sus compinches:

—Avisa a los de mi barco que la policía está aquí y dile a "El Almirante" que lo necesito.

El hombre desapareció y como el cafetín se encontraba situado en los mismos linderos del muelle donde había atracado el barco de Pepe, no tardó en transmitir el encargo.

En un instante los tripulantes hicieron desaparecer todas las huellas de contrabando por si la policía llegaba, y el llamado "Almirante" corrió a la taberna.

"El Almirante", cuyo verdadero nombre era Henrrington, era un muchacho que mandaba el barco de Pepe. Había sido oficial de la marina de guerra británica y en Singapur todo el mundo le conocía por aquel apodo jerárquico.

Este joven, distinguido marino en otro tiempo, habíase arruinado por causa de una mujer, una aventurera que un día desapareció después de haberle explotado. Enloquecido de furor, abandonó su buque de guerra en uno de los puertos del Oriente.

Llevaba algunos años permaneciendo en Singapur y había trabado amistad con Pepe, de quien fué pronto gran compañero y cómplice de aventuras. Al principio el muchacho parecía resistirse a aquella existencia que podía llevarles a presidio. Pero luego, Pepe fué hundiéndole cada vez más y más hacia la mala vida hasta entregarse a ella por entero.

Ahora mandaba el barco contrabandista y muchas veces había transportado cargamentos ocultos de una nación a otra. Intervenia en todos los negocios de Pepe, importándole un ardimiento el peligro.

Aunque menos brutal que su amo, comenzaba a adquirir los gestos y las maneras bruscas de aquél.

Al llegar al cafetín lo vió invadido por la policía. Pepe había salido de su habitación, bajando lentamente al encuentro del jefe de orden público. Cada uno de sus pasos resonaba como una amenaza.

—Hace años que les venimos a ustedes siguiendo la pista — dijo el jefe — y tenemos la convicción de que aquí se realizan cosas contra la ley...

Pepe protestó con ademán tranquilo.

—Soy Pepe el de Singapur y este establecimiento es mío: creo que usted no nos conoce... Aquí todos somos buenos chicos.

Y señaló a "Almirante" y a otro individuo que estaba junto a él.

—Este es Chao Wing, alias el Inglés, mi socio. Donde pone el ojo pone la bala...

El aludido sonrió. Era un hombre alto, amarillo, de largos y sedosos bigotes y formaba sociedad con Pepe. Tenía fama de mujeriego y a través de su sonrisa plácida brillaba una lucecita de perfidia.

El jefe de policía contempló a Chao Wing. ¡Qué hombres aquellos!

—Ese otro es "Almirante" — continuó diciendo Pepe—, un caballero andante de los siete mares, capitán de mi barco...

El muchacho se echó a reír...

—Y aquella es Petra, mi secretaria particular — agregó dirigiéndose a una muchacha que despachaba tras el mostrador.

Pepe conservaba su serenidad, sin aturdirse ante la presencia de la policía. Habían entrado en el café algunos tripulantes del buque. Parecían perros de presa, prontos a caer sobre la víctima señalada.

El jefe comprendió la imposibilidad de luchar contra todos ellos. Y como faltasen pruebas materiales de los delitos, prefirió retirarse.

—Por esta vez nada hago contra ustedes,

pero a la primera denuncia que reciba van a ir todos con sus huesos a la cárcel.

Apenas la policía abandonó el cafetín, Pepe el de Singapur recriminó a su socio Chao Wing:

—Usted es el que tiene la culpa de la visita de la policía por andar por ahí hablando más de lo regular, contando historias de mujeres y de contrabando. Y esto quiero acabarlo, vamos... No sé por qué no le corto la lengua...

—¿A mí? No ha nacido el hombre que lo haga... Y estoy harto de sus protestas...

—El día que vuelva usted a hablar, le tiraré de cabeza al agua para que se lo merienden los tiburones...

Existía de algún tiempo a aquella parte cierta rivalidad entre Pepe y Chao Wing.

Los clientes mascaban el olor de la tragedia y aunque Pepe el de Singapur era una verdadera bestia, Chao Wing, habilísimo tirador, había despachado a más de un hombre al otro mundo...

—No sé cómo no le castigo por su osadía ahora mismo — gritó Chao Wing.

Y pareció querer acometer a su socio, que sonreía...

—¡Vaya hombre, al fin tendremos un espectáculo digno de verse! — contestó "El Almirante".

Decidido colocó entre los dos hombres una mesita y tiró sobre ella un puñal.

—La noche está que convida a la muerte y si hay voluntad de matarse, con un cuchillo basta y sobra...

Hombres y mujeres formaban grupo alrededor de los dos socios. Pepe y Chao Wing miraban el puñal. ¿Quién sería el primero que lo esgrimiese para dar muerte a su contrario?

El chino fué a cogerlo, sus dedos lo tocaron ya, pero retrocedió viendo que Pepe con la mano en el bolsillo posterior del pantalón acariciaba otro cuchillo.

A pesar de sus bravatas fieras, Chao Wing era cobarde. Retrocedió, hundió a su vez la mano en su bolsillo... y cuando todos esperaban que esgrimiera un arma, sacó una petaca, y tranquilamente se alejó...

Bien sabía qué clase de adversario era Pepe, un hombre terrible que desconocía el valor de la existencia humana.

Pepe levantó los hombros, burlón. ¡Si él hubiese querido!.. Pero tampoco tenía deseos de pendencia y estaba convencido de que si él quisiese en aquel mismo instante Chao Wing estaría muerto.

—¡Usted no puede con el miedo, hombre! —gritó "El Almirante" a Chao Wing.

—Denle bromuro, que está nervioso—agregó Pepe...

Chao Wing, sin perder su sangre fría, alterada sólo un momento, siguió su camino por entre las mesas saludando a los clientes.

A uno de los hombres, le dijo:

—Pepe el de Singapur ha de morir... algún día...

Todos los comentarios giraron aquella noche acerca del suceso. Un obrero borracho preguntó a una mujer a la que había convidado a la mesa:

—¿Quién ganó?

—¡La prudencia! — contestó ella.

Y así era en efecto. A ninguno convenía que se alterase la tranquilidad.

Pepe ordenó a "El Almirante", que ante el mostrador con algunos marineros y mujeres bebía sin cansancio:

—¡Ni una copa más! Llévese a la gente a bordo; esta misma noche salimos para Mandalay.

—Espere un momento, Pepe, deje que apure esta copa que ya está servida...

Bebió de un trago su contenido, y luego ordenó a la tripulación que abandonara la taberna. Todos fueron saliendo, llevando en los rostros las huellas de los vicios...

Más tarde, Pepe, sonriendo despectivamente a Chao Wing, se alejó también. Y poco después, el buque salía de Singapur como una sombra en el puerto dormido, agujereado apenas por las luces de señal de los mástiles.

Raro era el viajero que al ir a Mandalay no entraba en el bazar de Rosa María.

En aquella tienda cercana al puerto, podía adquirirse de todo, desde un bordado a una imagen, desde una postal a un libro.

Rosa María, una hermosa muchacha de raza blanca, era la dueña del establecimiento. Afable y cordial con todos, se había captado en la población una aureola de simpatía. Blancos e indígenas tenían siempre una sonrisa para la joven.

Una mañana, Rosa, después de atender a unas monjas misioneras, vendió varios artículos a unas jóvenes del país.

Yakmo, un muchacho jorobado, sentado en un rincón del almacén movía con una cuerda una gran cortina que a guisa de abanico estaba suspendida del techo. El calor era asfixiante y así se renovaba la atmósfera.

Las jóvenes vieron una cunita en la que dormía una niña china, e indagaron.

—¿De quién es? ¿Qué hace aquí esta niña?

—Es la hermanita de Yakmo... — explicó Rosa María.

Las compradoras acariciaron a la pequeña. Cuando hubieron salido, Rosa arregló algunas estanterías y a través de sus cristales



*Una mañana, Rosa, después de atender a unas monjas misioneras...*

vió alguien que miraba por los vidrios de una ventana. Sonrió al reconocerle. Era el Padre Jaime.

El Padre Jaime, un sacerdote inglés, había velado con solícita ternura por Rosa desde que ella era niña. Y un agradecimiento sin límites

sentía la chiquilla hacia su generoso protector.

—¿Qué tal va eso, Rosa? — dijo el Padre Jaime al entrar.

—Con mucho trabajo, Padre Jaime... mire qué encajes tan lindos han mandado del convento.

El Padre examinó aquellos suaves bordados y luego sacó de su bolsillo una cartera. La abrió y cogió un fajo de billetes.

—Ten, Rosa, para ti... como siempre...

La sonrisa de la dulce muchacha desapareció de sus labios.

—¿Qué es éso... más dinero que me manda mi padre?

—¿Qué ha de ser sino..?

Ella lo rechazó con dignidad.

—¡Dinero y dinero! En cambio su nombre y su persona son para mí el mayor de los secretos... ¡No le he conocido nunca... me ha tenido siempre abandonada!

El semblante del Padre Jaime se entristeció. ¡Ay, aquellas palabras!

—Tal vez algún día venga a ti... Acepta hoy esos billetes.

—No, no, ahora que tengo ya suficiente edad para ganarme la vida, nada aceptaré de mi padre...

—Le darás un verdadero pesar, hija mía... Guardóse el dinero en la cartera.

El rostro triste de Rosa se transformó en una mueca de desagrado. Miró fijamente los

cristales de la puerta tras los cuales había aparecido la figura repulsiva de un hombre, que tenía la vista clavada en Rosa María.

—Ahí viene ese Pepe el de Singapur... ¡Qué hombre tan horroroso! — murmuró...

El Padre Jaime volvióse rápidamente y los dos vieron entrar al miserable. El sacerdote se alejó hacia un lado del almacén, mirando con ojos compasivos a aquella figura repugnante que avanzaba hacia Rosa María.

A pesar de su aspecto feroz, Pepe sonreía como si quisiera iluminar la noche de fealdad de su cara.

Rosa María conocía a Pepe. Muchas veces había entrado a adquirir géneros, pequeños objetos, imágenes y siempre le había hablado con inflexiones que procuraba hacer cariñosas.

Pepe, después de lanzar una furtiva mirada al sacerdote, dijo a María Rosa:

—Vengo a comprar otro regalo para mi hija; a ella le parece siempre muy bonito lo que usted elige.

Rosa María le contempló un momento temerosa. Hasta ella habían llegado noticias de qué clase de hombre era Pepe, y al mirarle se convencía de su maldad y crueldad. Sí, su mismo rostro era tan innoble como sus actos. Y sin embargo, ¿por qué sonreía al hablar de su hija?

Procurando ocultar su repulsión le dijo:

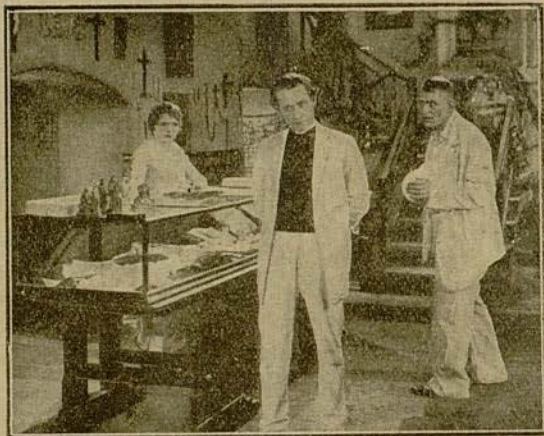
—¿Qué edad tiene su hija?

Pepe se turbó. Miró extático, fijamente a



Rosa María como si quisiera envolverla en la luz de su único ojo. Y luego, agregó, con voz casi emocionada:

—Sobre poco más o menos la misma que usted...



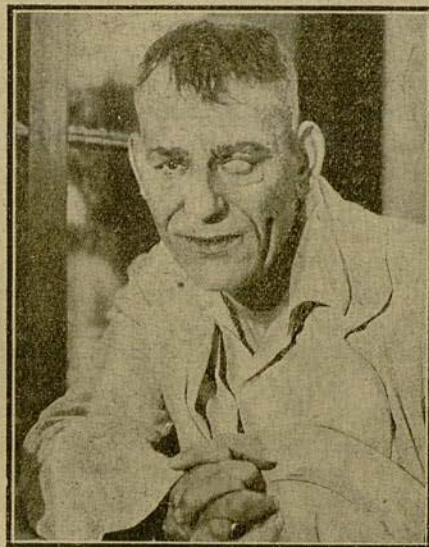
*El sacerdote se alejó hacia un lado del almacén...*

—Entonces... ¿qué le parecen esos bordados para un vestido?

Y ella misma se puso en el cuello y en las mangas los encajes que le habían traído del convento, para que viese Pepe el efecto de aquellos adornos.

¿Qué le parecían?

—Sí, sí... siendo cosa suya todo es de buen gusto...



*A pesar de su aspecto feroz, Pepe sonreía...*

Aquel hombre feroz se enternecía al hablar de su hija.

—¡Cuánto daría yo por poder comprar todos los tesoros del mundo para mi hijita! — exclamó.

El sacerdote le miraba con melancólicos ojos.

Después de pagar su importe, Pepe se quedó el paquete de bordados y salió, después de mirar por última vez con ojos implorantes a Rosa María...

Al salir a la calle adquirió de nuevo el aspecto feroz, trágico, de pirata...

Rosa María se acercó al sacerdote.

—Ni ese hombre, a pesar de lo malo y lo corrompido que dicen es, se olvida de su hija... ¿Qué clase de hombre es entonces mi padre? ¡No sé quién es, jamás ha querido verme..!

El Padre Jaime acarició dulcemente a la doncella.

—No digas eso, Rosa María. Tu... padre no se olvida de ti...

Dos nuevos personajes entraron en el bazar. Una mujer pintada y de vida aventurera, frecuentadora de los garitos del muelle, y un hombre, "El Almirante".

Los dos parecían muy alegres, y mientras contemplaba todos los objetos que había en la tienda, acompañada de Rosa María, "El Almirante" al ver al Padre Jaime se echó a reír.

—¿Ha oído usted referir el cuento de la noche de bodas de la tartamuda que se casó con uno que tenía el mal de San Vito? — le dijo—. ¿No? Pues venga que se lo explicaré. Es cosa que sólo pueden oír los hombres.

El Padre Jaime no contestó, comprendiendo que se hallaba ante un inconsciente.

—Yo se lo diré, y no lo diga usted luego a nadie.

Y llevándole a un rincón comenzó:

—Pues se casaron a las seis y media, y a las siete menos cuarto...

El cuento no parecía impresionar en lo más mínimo al Padre, que conservaba su serena dignidad de apóstol.

—Ahora es cuando empieza lo bueno — siguió con una gran carcajada—. Verá usted... Al dar el reloj las siete menos cuarto...

Pero como el Padre Jaime se mantuviera con su mirada serena, pura, indiferente, "El Almirante", turbado por aquella expresión superior, tuvo que responder:

—¡Me doy por vencido, a usted no hay quien se atreva a contarle un cuento como ese!

—Así me gusta, buen chico, que sea usted comedido en sus palabras — le respondió el sacerdote tocándole amablemente un hombro.

Luego el Padre Jaime salió de la tienda y "El Almirante" comenzó a contemplar los objetos expuestos en el bazar.

Entretanto, la mujer pedía a Rosa María:

—Enséñeme usted unos encajes, señorita, que este caballero está empeñado en hacerme un regalo.

Y mientras ella le mostraba los bordados, "El Almirante", descubriendo la cunita en la que dormía el pequeñín, dijo riendo:

—¡Qué chino tan precioso! ¿Es hijo de usted?

Rosa María levantó la cabeza con desdén. ¿Por qué la ofendía así aquel hombre? Sus ojos puros se clavaron en el marino, con una serenidad dulce.

Le pareció repulsivo ese extranjero y despectivamente le volvió la espalda.

—No le haga usted caso, hija mía — dijo la mujer que le acompañaba y que se sentía repentinamente inquieta, disgustada—; el pobre no está acostumbrado a tratar con personas decentes...

Y como si las palabras dirigidas a Rosa María la hubiesen ofendido también a ella— pobre aventurera del vivir—, agregó dirigiéndose a su amigo:

—¿No le da vergüenza? Debiera usted buscar quien le enseñara educación...

“El Almirante”, turbado por la mirada despectiva, pero que había salido de unos ojos tan bellos, de Rosa María, balbució:

—Perdone usted, no quise ofenderla...

Y salió rápidamente, con una emoción que nunca había experimentado; él, que, acostumbrado al trato de mujeres libres con las que no andaba en consideraciones, se había encontrado por primera vez con una muchacha de otra índole.

La compañera de “El Almirante” devolvió

los encajes a Rosa y le dijo, llevada de sincera compasión hacia la joven ofendida:

—Guárdelos, hija mía, no quiero regalos de un hombre así.

Luego en la calle, la mujer volvió a recriminar a su compañero. ¿Es que tenía por prurito ofender a la gente? No quiso saber nada más de él.



Cuando el Padre Jaime llegó a casa tuvo una sorpresa. Le esperaba Pepe el de Singapur, quien, echándose en sus brazos, le dijo:

—¡Jaime, hermano del alma!

—¡Pepe!

Y estuvieron un instante abrazados, dominados por la más intensa emoción.

El desventurado dijo por fin:

—La he vuelto a ver, Jaime, la he vuelto a ver. ¡Qué hermosa es mi hija!

Aquel sér brutal, abyecto, se humanizaba al hablar de su niña. Su ojo derecho, su pupila llena de luz, se humedecía con un velo de lágrimas.

¡Ah, el secreto de aquella vida! Jaime y Pepe eran hijos de familia honorable que por igual atendió a su educación. Pero mientras Jaime emprendió el sendero del bien, vistiendo los hábitos del sacerdote, Pepe se casó, abandonó al poco tiempo a su mujer y empezó una existencia de crimen y de horror.

Su esposa murió al nacer la niña, Rosa Ma-

ría, y el Padre Jaime atendió y veló a la pequeña sin confesarle nunca que ella era hija de aquel rufián cuyas hazañas causaban un temblor de vértigo.

Pasaron los años, y Rosa María, ya mujer, se puso al frente del bazar que le había proporcionado el Padre Jaime.

Pero Pepe el de Singapur, el pirata de los mares chinos, el dueño del cafetín donde todos los vicios se multiplicaban, sabedor de que tenía una hija, había sentido hacia ella la voz, el poder, la fuerza dominante de la sangre.

Un día se presentó al Padre Jaime pidiendo noticias de Rosa María. Quería verla, hablarla, pero sin confesarle la verdad. Y la primera vez que entró en la tienda, aquel gigante que no pestañeaba viendo llorar a las demás mujeres, víctimas de sus brutales instintos, sintió que las lágrimas acudían como un milagro a su ojo.

Y aquella dulce criatura, aquella muchacha bondadosa, suave, que tenía algo de una Virgen que Pepe recordaba confusamente haber visto en su pueblo natal, le hizo temblar de miedo, de cobardía.

¡Ah, nunca diría a Rosa María que él, el hombre fuera de la ley, el aventurero sin conciencia, era su padre!

Un resto de dignidad, de vergüenza de sí mismo, le impedía confesar la verdad. ¡Po-

brecita Rosa María si ella supiera..! ¡Tal vez moriría de dolor, o se daría la muerte para no sobrevivir a la deshonra!

Iba de vez en cuando, al regresar de sus viajes por mar, a visitar a Rosa María. Adquiría objetos, pequeñas cosas para una hija que tenía, le explicaba a la muchacha. Y su única adoración de padre era mirar fijamente a través de su único ojo a aquella criatura, aureolada por una belleza virginal.

Rosa María no podía acostumbrarse a aquel cliente de mala fama. A veces Pepe sorprendía en su mirada un rayo de miedo o de marcada repulsión. Y el pirata sentía que algo se le atragantaba en el cuello, tal vez la sangre que pugnaba por gritar la verdad eterna. ¡El era su padre..!

Luego con una violencia para él terrible acallaba aquella voz, aquel grito impetuoso que tenía fuerza de tempestad y de huracán. Y abandonaba la tienda, guardando su incógnito, jurándose a sí mismo no romper nunca el misterio.

Aquella fiera humana cuyo puñal se había esgrimido muchas veces, se entretenía ante esa hija de su alma. No le pertenecía Rosa María, tenía que contentarse con mirarla y hablarla con una ligera y falsa indiferencia. ¡Si pudiera romper su maldita vida! Pero se sentía atado al mal sin remedio, en las galeras del

crimen, pobre preso condenado a no ver nunca el sol...

Luego los objetos que compraba para "su hija" los guardaba en su habitación y en las horas de soledad los acariciaba, los besaba, como el único goce de su amor paternal.

Rosa María era la estrella brillante, un sol que a trechos iluminaba la sombra oscura de su existencia. Pero su profesión, el café, el barco, el contrabando, le atenazaban y se sentía para siempre galeote del mal.

Aquel día lloró casi enternecido en brazos de su buen hermano Jaime. Llevaba bastante tiempo sin ver a Rosa María y la había encontrado más bella que nunca con una carita de luz, de Virgen sagrada y dulce...

—¿No la has visto, Jaime? ¿Y es posible que yo sea el padre de Rosa María?

Y sus manos engarfiadas pegaban contra el pecho, muro de carne tatuada que conocía las tragedias del mal.

El Padre Jaime le miró con ojos inquisitivos, pretendiendo llegar hasta el fondo más remoto de su conciencia y le dijo:

—Sí, es muy hermosa Rosa María... Y buena como una santa. Tú deberías vivir con ella.

—¿Yo?

Y retrocedió asustado.

—Sí, Pepe, es menester que cambies de vida, que te enmiendes; tu hija necesita de ti y donde debes estar es al lado de ella...

—Pero... ¿y mi vida... y mi conducta... y ese aire venenoso que respiro?

—Pepe, si tú quieres puedes destruir esa existencia horrible. Tu corazón de padre hará el milagro, y luego tu hija será tu eterna protectora y guardiana.

El pirata sonrió. A pesar del horror que le causaba su existencia, la idea de vivir con su hija acudió a su imaginación.

—Déjalo de mi cuenta, Jaime, yo había pensado ya algunas veces en eso mismo...

—Debes romper por completo con tu pasado...

—¿Y crees que podré lograrlo? Y si ella supiera...

—Pepe, debes confiar en Dios...

El miserable se sintió repentinamente alegre.

—Sólo faltan dos años para dejar esta vida, Jaime; después tendré dinero de sobra para que mi hija viva como una princesa...

—El dinero mal ganado no aprovecha, Pepe.

—¡Sí, quiero volver con mi hija! Pero convertido en otro hombre, que ella no sepa quién fué su padre. Conozco un cirujano que puede arreglarme la cara, ponerme un ojo nuevo y... entonces se acabó Pepe el de Singapur. ¿Qué te parece? Y ella, Rosa María, no sabrá nunca que su padre fué el bandido que iba a comprar a su tienda.

—Son buenos tus propósitos, pero debes

dejar ya ahora mismo esa vida indigna que llevas.

—No. Un par de años nada más, Jaime, y podré vivir exclusivamente para mi hija. ¡Ahora necesito dinero!

—Hasta dos días pueden ser tardíos para la enmienda — le respondió severamente su hermano —. Dios es misericordioso, pero nunca sabemos cuándo llega la hora terrible de su justicia.

El pirata calló e hizo un gesto de desmayo. No podía levantarse aún. ¡Un par de años para ganar dinero... y luego la vida quieta de olvido!

Se despidió del Padre Jaime hasta el otro viaje. Regresaba a Singapur, pero volvería pronto. Cada vez la bondad de su hija tenía para él un mayor encanto.

—Piénsalo, Pepe — le dijo por última vez su hermano—. Abandona tu modo de vivir, tal vez sea luego demasiado tarde...

Y a la misma hora, Henrrington "El Almirante" volvía al bazar de Rosa María.

La joven le miró con sorpresa. ¿Por qué venía allí aquel marino que antes la había insultado?

—Vengo, señorita, a rogar de nuevo su perdón... Y a darle las gracias...

—Ya le perdoné antes... Y no creo que haya hecho nada que usted deba agradecerme...

—Sí, aunque no lo parezca, ha hecho usted mucho... me ha hecho reflexionar...



—Vengo, señorita, a rogar de nuevo su perdón...

—¿A usted? — preguntó Rosa María, intrigada.

—Sí, señorita. He comprendido que no todo es malo en el mundo, que todavía hay gentes honradas, bondadosas, que se sienten ofen-

didadas y manchadas cuando uno de nosotros, pobres hombres de vicio, pretendemos ponerlas a nuestro nivel. Yo... señorita, también he sido como usted, una persona honorable... Mi mala estrella me condujo a esa vida mía, horrible, de la que quisiera apartarme.

Ella pareció interesarse por ese joven marino que a pesar de su aparente rudeza tenía ojos infantiles y puros.

—¿Por qué no va usted a ver al Padre Jaime? El es un pastor de almas extraviadas... y usted lo necesita...

—Iré, señorita... ¿cómo se llama usted?

—Rosa María...

—Pues Rosa María, iré aunque sólo sea porque usted me lo manda... Ha sido algo así como una inspiración mi entrada en el bazar... Me siento al ver a usted como si tuviese un alma nueva...

Marchó "El Almirante", y Rosa María, mujercita buena, se sintió repentinamente alegre... ¡Tal vez aquella alma se ganaría para el bien!... ¡Quién sabe!... Y luego, sin querer, se sentía interesada por aquel chico... ¿Iría a ver al Padre Jaime?

Pasaron algunos días. En la taberna de Pepe el de Singapur se comentaba la extraña ausencia de "El Almirante".

Cuando Pepe regresó de Mandalay, el barco ya no lo dirigía "El Almirante". Había desaparecido misteriosamente sin que se supiera el motivo de su ausencia.

Y algunas mujeres comentaban la desaparición del marino, simpático muchacho con el que era agradable bromear un ratito todos los días.

—¡"El Almirante" no está en Mandalay! — decía una mujer—. No se ha movido de Singapur.

—No diga usted tonterías — replicó otra parroquiana—. ¡"El Inglés" ha andado buscando al "Almirante" por todo Mandalay!

—¡Cállese usted esa boca, espantajo!

Pepe se acercó a las dos mujeres, y enterado de la disputa dijo con mucha calma:

—Iré a Mandalay a ver qué le pasa a ese perdido que se nos ha quedado allá.

Entretanto, "El Almirante" había recibido

del Padre Jaime provechosas lecciones de moral. La influencia de Rosa María le daba ánimos para variar de conducta. Avergonzado por



—¿Por qué no va usted a ver al Padre Jaime?

su actitud ante aquella virgen suave, sintió el aire de la regeneración y se juró abandonar para siempre su vida de aventura y de ilegalidad.



Y el Padre Jaime experimentó la alegría de haber reconquistado un alma.

Una mañana "El Almirante" visitó a Rosa María para despedirse de ella. Abandonaría para siempre aquellas ciudades orientales donde habían transcurrido sus años de vergüenza y de dolor y regresaría a la Patria para regenerar su existencia.

—Rosa María, usted ha ejercido sobre mí una influencia de madre... Gracias a usted he recuperado el camino del bien. ¿Lograré merecer su confianza?

—Usted se ha arrepentido — le dijo ella suavemente — y nuestra religión iguala el arrepentimiento con la inocencia.

Estaban en el jardín. Hablaron largo rato con una ilusión de enamorados que sin confesarse su amor sienten aletear el divino sentimiento.

El Padre Jaime llegó a la casa y desde una galería contempló a la interesante pareja.

Se sentía orgulloso de haber contribuido con sus doctrinas a regenerar aquella existencia extraviada.

Se presentó a los dos jóvenes con la sonrisa bondadosa y cordial.

—El señor Henrrington ha venido a despedirse; sale mañana temprano para Inglaterra.

—Querido amigo, agradezca usted siempre a Rosa María su nueva existencia.

—Estoy eternamente reconocido. Al verla

por primera vez sentí que algo transformaba mi sér y lloré por haberla insultado... Ahora con la conciencia tranquila partiré hacia mi definitiva regeneración.

Cogió entre sus manos la mano de Rosa María y la estrechó fuertemente, con turbación. ¡Oh, amaba aquella criatura!, pero ¿cómo atreverse a confesarlo? Sería demasiada audacia, como si un mendigo pidiera a una reina por esposa...

Y repentinamente triste, dijo adiós a sus amigos y se alejó...

El Padre Jaime sonrió viendo que los ojos de Rosa María aparecían también llenos de tristeza. El sacerdote, conocedor íntimo de las almas, adivinaba. ¡El amor, el dueño del mundo, estaba allí!...

—¿Qué dice este corazoncito, Rosa María? — preguntó al quedar a solas con ella.

—Padre Jaime — respondió con honda turbación la chiquilla—, para usted no puedo tener secretos... Quiero a Henrrington, ¿hago mal?

Una sonrisa de comprensión iluminó el rostro del sacerdote.

—Amar no es pecado, hija mía; pídele a Nuestro Señor que te ilumine para que sepas elegir lo que convenga más para la salvación de tu alma. Si está destinado a ti... él volverá...

Y aquella noche, cuando las campanas de la

iglesia católica tocaban las doce, alguien entró en el bazar de Rosa María.

La muchacha descendió rápidamente de sus habitaciones para enterarse de quién era aquel parroquiano que entraba tan a deshora, y vió intrigada a "El Almirante" que se dirigía hacia ella.

—A esta hora... ¿Qué le sucede? — preguntó ella.

—Pensé que podría marcharme, Rosa María, pero, no, no puedo irme dejándote aquí... ¡Imposible!

Una luz de felicidad encendió los ojos de Rosa María. Y con toda la ingenuidad de su alma que amaba por primera vez, respondió:

—Yo tampoco quiero que usted se marche...

Y le miraba con una dulzura de novia que siente el arrebató divino del amor.

—¡Rosa María! — exclamó él—. Yo había soñado con esto... desde que te vi... pero nunca me hubiera atrevido a pensar siquiera que fuese posible... Rosa María, ¿te quieres casar conmigo?

—Henrrington, no marches a Inglaterra... te amo.

Y los dos jóvenes se besaron suavemente con un amor desconocido para ambos; Rosa María porque jamás había experimentado la emoción radiante del cariño; Henrrington, porque aquel amor era distinto de todos los

demás que se le brindaron a través de su existencia.

Hablaron largo rato, comentando el porvenir. Iban a casarse pronto. El Padre Jaime bendeciría su matrimonio...

Luego, "El Almirante" se despidió de su novia, besándola por última vez. Salió a la calle... Toda la ciudad estaba en sombra, pero en lo alto la luna enviaba su mágica claridad, perfilando las siluetas recortadas de los edificios.

El joven lanzó un suspiro de dicha... Le pareció que su vida había comenzado aquella noche y que los años anteriores pertenecían a otra existencia. Nada quería saber de Pepe el Pirata ni de sus compinches. Aborrecía a aquella gente; en lo sucesivo no querría acordarse de ella.

Ignoraba los misteriosos hilos del destino que junta las almas y las separa...

Y mientras, allá en Singapur, en la paz de su cuarto situado en el primer piso del cafetín, Pepe acariciaba los bordados que en su último viaje había adquirido de su hija. Y murmuraba entre dientes:

—Dos años, sólo dos años más...

... ..

Dos días después, en Mandalay tenía lugar la boda de Henrrington y Rosa María.

Era una mañana azul, de primavera... Rosa María, en el piso alto del bazar, se había ves-

tido su traje blanco de desposada, ayudada por unas monjas misioneras.

Estaba radiante... era feliz. Sonreía a sus galas nupciales que le hablaban de la vida maravillosa del amor.

Pepe el de Singapur había llegado aquel día a Mandalay. Venía dispuesto a indagar sobre la misteriosa desaparición de "El Almirante", pero apenas pisó el muelle de la ciudad, su primer pensamiento fué el de correr al bazar... ¡Vería de nuevo a Rosa María... a su hija del alma!

Se ensanchó su ánimo al ver los escaparatés... ¡Qué cuidado y bonito estaba aquello!

Y como de costumbre miró por los cristales al interior del almacén. Su ojo derecho se incrustó en el vidrio y vió algo que le hizo retroceder, lleno de asombro.

Bajaba por la escalera que comunicaba con el pisito superior, Rosa María, vestida de blanco como una novia... La acompañaban unas monjas que daban los últimos toques a su velo de desposada.

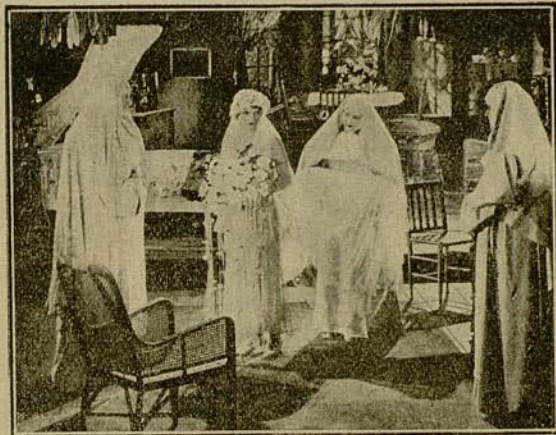
Pepe quedó impávido, sin comprender al principio... Y de pronto adivinó toda la verdad. ¡Rosa María se casaba!...

Llegó a él, desde la cercana iglesia, un repique de campanas. Sonaban a gloria como inflexiones maravillosas que cantaran la alegría de amar...

¡Su Rosa María se casaba! ¡Y él, pobre

paria abandonado, sin saber nada, alejado siempre de la vida de su chiquilla!

Pero no, no se decidía a presentarse a ella hasta que no pudiese arreglar su rostro y ser



*¡Rosa María se casaba!*

rico sin temor a ser reconocido como el fatídico Pepe el de Singapur.

¿Quién sería el novio de Rosa María? ¿Qué hombre se llevaría aquel dulce tesoro de mujer?

Y sin entrar en la tienda, corrió hacia el cercano templo, deseoso de conocer al esposo de su hija.

Casi le vendía la emoción. Por primera vez experimentaba un extraño sufrimiento. Sentía como si le desgarrasen su carne porque aquella Rosa María sería en lo sucesivo menos suya aún.

El templo estaba repleto de gentío. Todos conocían a la muchacha y la amaban por aquella luz de dicha y bondad que esparcía su persona.

Aturdido, vacilante, Pepe entró en la iglesia. Se encontraba extraño bajo sus blancos muros... Buscó un sitio donde poder sentarse y una mujer se apartó a un lado dejándole un banco vacío...

Pepe tenía deseos de llorar y reír... De pronto, la gente se puso en pie, el altar brilló como una ascua de oro, las campanas fueron lanzadas al vuelo y el órgano esparció las notas triunfales de una marcha nupcial.

Llegaba ella. ¡Rosa María!

Iba precedida de seis niñas del país, vestida con traje azul y la seguían media docena de muchacha blancas, tan hermosas como la misma novia.

Y ella pasó con los ojos bajos, sintiéndose blanco de todas las miradas, roja por la emoción de aquel recibimiento real...

En el altar mayor, la esperaba Henrrington, elegante y fino.

Al recobrar la dignidad de su existencia su figura había adquirido el porte majestuoso de

la aristocracia y en nada se parecía al marino borracho de las noches del cafetín.

Rosa María sonrió al que dentro de breves momentos sería su esposo. Y él la contempló adorándola, sintiéndose preso para siempre entre la suavidad de aquella criatura graciosa y linda que era su estrella de regeneración y de vida...

Aguardaron uno junto al otro la llegada del Padre que debía casarles...

Miraban al altar mayor, lleno de flores y luces...

Pepe el de Singapur acababa de ver unos momentos antes al novio...

Su rostro, alegre antes, adquirió la dureza y la expresión brutal de un dios bárbaro. ¿Es que soñaba? ¿Es que en su cerebro surgían los demonios de la pesadilla? ¡Pero, no; no, era él... su cómplice, el infame "Almirante" con quien Rosa María iba a casarse!...

Sus venas se hinchaban prontas a estallar, la congestión de su semblante enrojecía la cicatriz de su rostro.

Salió apresuradamente de entre las hileras de bancos... ¡No, no, aquella boda no podía celebrarse, no se celebraría!

Su Rosa María, lo único puro que había en el mundo, casada con un rufián, con un miserable como era él, ¿el mismo Pepe? ¡Ah, nunca!... Aunque hubiese de derribar el tem-

plo partiendo sus columnas como otro Sansón bíblico.

Se dirigió rápido, como una exhalación, a la sacristía. Sospechó que el propio Padre Jaime iba a casarles y se dispuso a impedirlo.

Penetró en el despacho, habían salido ya los monaguillos con sus cirios y el Padre Jaime iba a traspasar los umbrales de la puerta que comunicaba con el altar mayor cuando se vió sorprendido por la presencia de su hermano.

¿Qué quería Pepe? ¿Por qué venía allí, en aquel instante, a interrumpir la sagrada ceremonia?

Los dos hermanos quedaron a solas, frente a frente, Jaime iba ya revestido:

—¿Qué pasa, Pepe? No es hora esta de hablar.

—Sí que lo es — rugió el hermano—. Se trata de mi hija... ¿Sabes quién es ese con el que ella quiere casarse?

—Lo sé... — respondió el sacerdote, dignamente.

—¡Por los clavos de Cristo, Jaime! ¿Serás capaz de casarla con un canalla como ese?

Rugía de indignación, el amor paternal borboteaba en su pecho.

Cerró con llave la sacristía. Era necesario que hablasen los dos con serenidad.

Y en el templo donde habían aparecido ya los monaguillos, comenzaba la gente a impacientarse. Rosa María y Henrrington se mira-

ban sonrientes. ¡Cuánto tardaba el Padre Jaime! ¡Con el anhelo que tenían ellos de verse casados!

Y en la sacristía, Pepe el de Singapur parecía poner a contribución todo su brioso carácter.

—Yo mismo le diré a Rosa María qué clase de hombre es el tal "Almirante" — rugió—. ¿Mi hija, casada con ese miserable que la abandonará cualquier día? ¡No, mientras yo tenga brazos para lucha! Voy a contárselo a Rosa María...

—No hace falta, Pepe, ella lo sabe... por boca de él mismo... — explicó el capellán.

—Eso no remedia nada; él podrá haberlo confesado todo, pero eso no quita que sea lo que es — respondió el contrabandista con un desprecio en que parecía abarcarse a sí propio y a todas las gentes de su calaña—. ¡Hay manchas que no se borran!

—Hay que perdonar, hermano... — dijo con voz compasiva el cura.

—¡Los hombres que caen tan bajo como hemos caído él y yo no se levantan nunca, Jaime! — dijo con convicción.

Y sonrió con terrible gesto como un condenado sin esperanza. Para él como para "El Almirante" y los otros, sólo había vicio, muerte, podredumbre...

—Estás muy equivocado, Pepe — le habló el hermano con dulzura—; no hay mancha que

no borre el arrepentimiento; ni caído al que no pueda levantar la Misericordia Infinita...

El sacristán, extrañado por la ausencia del Padre, llamó a la puerta del despacho, encontrándola cerrada. ¿Qué podía ocurrir?

—Los malos hábitos nos dominan — dijo Pepe—. Ya ves, yo a veces viendo a mi hija me propongo ser bueno, pero estoy seguro de no poder conseguirlo... Me fascina el vicio y me consume...

—Mira, Pepe, Dios nunca niega su perdón... arrepíentete, piensa en tu hija y tal vez puedas ser feliz o al menos deja que los demás lo sean...

El ojo derecho de Pepe brillaba como un ascua.

—Tú eres un santo y no entiendes de estas cosas, Jaime. Para ese hombre como para mí ya no hay salvación, yo sé por qué te lo digo...

—Para él sí la hubo, desventurado, su alma ya no te pertenece. Apártate, hermano, deja que bendiga a dos que se quieren como buenos... Déjame salir...

—¡Jaime, Jaime! — suplicó Pepe sintiendo que las viejas rebeldías que le obligaban a usar el cuchillo en los momentos difíciles acudían a su mente—. No dejes que ese infame se lleve a mi hija, te lo pido por lo que más quieras, por la memoria de nuestra madre.

Y aquella palabra le estremeció como si al

evocar a la que le dió el sér se avergonzara de sí mismo y manchara aquel nombre glorioso.

El Padre Jaime calló unos momentos... Llamaron otra vez a la puerta. Era el sacristán que impaciente temía le hubiese ocurrido algún percance... En la iglesia los novios y todos los invitados comentaban el extraño retraso del sacerdote. ¿Qué ocurriría?

—Le he pedido a Dios que me ilumine — agregó el Padre al cabo de un instante — y creo que cumplo con mi deber al bendecir este matrimonio. Voy a casarlos, abre la puerta...

—¡No te irás!... ¡Primero te mataré! — rugió el bandido.

—Abre la puerta, hermano...

—¡Nunca, atrás, miserables... que queréis perder a mi hija!...

El sacristán al escuchar los gritos pidió auxilio, acudiendo "El Almirante" y algunos feligreses.

Se escuchaba desde la puerta la voz suplicante del Padre Jaime y la ruda palabra de un hombre que lanzaba imprecaciones y blasfemias.

Como Jaime pidiera socorro, Pepe el de Singapur le derribó dándole un formidable puñetazo en la cabeza. ¡Ahora luchaba por su hija, para que ella no cayera en manos de un rufián!

Después, viendo que la puerta cedía al empuje violento de muchas manos, huyó por una

ventana. Quería la libertad para velar por Rosa María, su luz, su alma, su sangre.

Acudieron en socorro del Padre Jaime, desvanecido por el golpe. Otros pretendieron perseguir al agresor que ya se había internado en el laberinto de las calles viejas.

Henrrington y Rosa María prodigaban sus cuidados al sacerdote... Y como éste estaba realmente herido, se acordó aplazar la boda hasta el día siguiente. ¡Un pequeño retraso de algunas horas! ¡Ah, aquel miserable bandido!

Aquella misma tarde, Pepe el de Singapur que había tenido noticias por uno de los tripulantes de su buque que a la otra mañana se efectuaría la ceremonia, ordenó que fuese rapado "El Almirante".

Y la orden fué acatada unas horas después. "El Almirante" al pasar por una calleja fué atacado por un grupo de marineros que le condujeron al barco contrabandista. Y aquella misma noche, el barco navegaba con rumbo a Singapur.

En la bodega, entre los fardos del contrabando, aparecía sujeto por fuertes ligaduras el antiguo capitán "El Almirante".

Poco después de salir del puerto, Pepe se presentó ante Henrrington.

Le pateó furiosamente, sintiendo repugnancia por aquel cómplice que quería apoderarse de Rosa María.

—Irá usted a vivir nuevamente en el ambiente de vicio en que siempre ha vivido. ¡A mí no me engaña usted con falsos arrepentimientos!

El preso le miró con odio feroz, exclamando:

—Pagará usted muy caro todo esto, se lo aseguro... ¡Tan cierto como que hay Dios en el cielo!

—¡No creo en El! — rugió Pepe.

Y luego de lanzar una estremecedora carcajada, dejó sólo a Henrrington, quien lloró su desgracia, la separación de Rosa María a la que tal vez no vería nunca más... ¡Rosa María, la estrella de su vida!



Al día siguiente se realizaban en Mandalay numerosas investigaciones para conocer el paradero de Henrrington, misteriosamente desaparecido.

Uno de los jefes de policía le explicaba al Padre Jaime:

—Nada se sabe de Henrrington... Parece que se lo haya tragado la tierra.

El Padre Jaime guardó silencio. ¿Dónde podría estar el muchacho? Pero ya desde el primer momento había indicado sus sospechas

de que el raptor fuera el mismo Pepe el de Singapur.

Llevaba el sacerdote la cabeza vendada, a causa de la herida ocasionada por su hermano Pepe. El hombre feroz que no tenía fe en el arrepentimiento de los malvados, era lo más probable que se hubiese apoderado de Henrrington.

El policía agregó:

—Sí, como usted lo sospecha, Henrrington se halla en poder de Pepe el de Singapur, hay que proceder con suma discreción, porque bastaría que la autoridad interviniese, para que peligrara la vida de él.

Conocía el jefe qué clase de sujeto era Pepe.

El Padre Jaime lanzó un suspiro y ocultando el dolor que perpetuamente vivía en su corazón ante la conducta de su hermano, añadió:

—Le comprendo perfectamente; por eso, yo mismo iré a Singapur... Quizás mi mediación logre el éxito que esperamos...

Un chiquillo que escuchaba junto a la ventana la conversación, corrió al bazar de Rosa María y explicó a ésta todo lo que había oído. Era Yakmo, el criadito de Rosa que, acertando a pasar ante la casa del sacerdote, había sorprendido la entrevista.

—Yo estaba fuera, cerca de la ventana del Padre, y lo oí todo...

Rosa María, que estaba preocupadísima por

la desaparición de su novio, se estremeció... ¡Henrrington en poder de Pepe el de Singapur, aquel hombre de quien se contaban tan atroces hechos! ¡Qué horror!

Pero un rayo de esperanza la iluminó de pronto. Recordó la ternura con que siempre la había hablado a ella aquel miserable. ¿Por qué no ir a verle, pidiéndole la libertad de su amado?

No vaciló más, su resolución era definitiva. El amor le daba alas para volar al encuentro del contrabandista. Se lo suplicaría, evocaría a aquella hija que era de la misma edad de ella.

Y tal vez Pepe se conmoviese ante sus lágrimas. Mas ¿por qué motivo le había raptado? ¡Extraño misterio!

Le salvaría a costa de todo, amaba a Henrrington más que a sí misma, comprendiendo que no podía vivir sin él. Su cariño aunque databa de pocos días estaba clavado con honda intensidad en su corazóncito de virgen.

Aquella misma tarde el Padre Jaime vino a despedirse de ella.

—Esta noche tengo que hacer un viajecito — le dijo.

Pero no quiso comunicarle su certeza de que el novio estaba bajo el poder de Pepe y le aseguró que nada malo podía haberle ocurrido a aquél.

—Salió para Singapur y volverá dentro de poco. No te impacientes, chiquilla.



Y Rosa María nada dijo... Le ocultaban la verdad, pero ella la averiguaría por sí misma. Iría a Singapur, mas no quiso confesárselo al Padre Jaime, segura de que se lo impediría con la fuerza de la autoridad.

Pero salvaría a su novio, despreciando peligros y amenazas, yendo a suplicar a aquel terrible bandido, que para ella sólo había tenido siempre palabras de ternura.

Al día siguiente, Pepe el de Singapur se encontraba en su cafetín y ordenaba a uno de sus compinches:

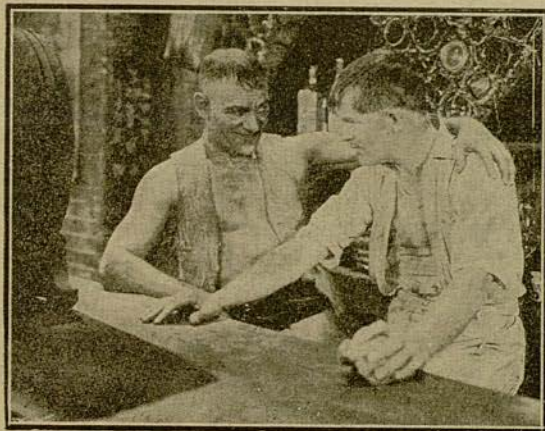
—Desembarque a “El Almirante” y tenga mucho cuidado de que nadie pueda verlo... Tráigalo al cafetín.

Chao Wing escuchó estas palabras y sonrió. ¡Ah, demonio! ¿Conque el desaparecido marino estaba en poder de Pepe? Hasta él habían llegado noticias de la hazaña de Pepe en Mandalay. Supo que “El Almirante” había pretendido casarse con una muchacha sensata y que Pepe estorbó la boda... Bien, bien... ¡Su socio se las traía!

Nada le había preguntado a Pepe, porque continuaba la hostilidad entre los dos hombres a consecuencia de frecuentes disgustos en el negocio y en sus ganancias.

Chao Wing con perfidia oriental sólo aguardaba el instante propicio para perder a Pepe. Le odiaba considerándole un estorbo para sus asuntos de la taberna.

Tranquilamente el chino pasó por entre las hileras de mesas, y a su paso acarició a algunas mujeres que contestaron con cuchufletas o frases canallas al roce de aquellas manos siempre frías.



—Desembarque a “El Almirante” y tenga mucho cuidado de que nadie pueda verlo.

Sólo una mujer se atrevió a protestar:

—¡Qué hombre, cuando le toca a una, parece que le resbala por la piel un gusano!

—Peor... una serpiente... — agregó otra cliente.

Pepe se encerró en una habitación interior,

pensando en la conveniencia de mandar muy lejos, a tierra distante, a "El Almirante". Había que separarlo de modo definitivo de Rosa María.

Chao Wing, fumando con toda parsimonia su cigarrillo oriental, salió al exterior del establecimiento.

La noche era clara, suave, de paz... Del cercano puerto venían reflejos de luces.

El chino respiró con avidez el encanto de aquella noche.

Un palanquín arrastrado por un hombrecito se paró ante la taberna y descendió de él una hermosa muchacha, vestida de blanco.

Era Rosa María que acababa de llegar a Singapur, deseosa de hablar con Pepe.

Al ver a Chao Wing se dirigió a su encuentro.

—¿Es este el café de Pepe el de Singapur?

El chino saludó, meloso, cordial...

—Sí, señorita...

—Necesito hablar con él en seguida...

Meditó unos momentos el oriental y luego, dijo:

—Pase usted, voy a llevarla a su lado...

Rosa María, sofocada por la emoción de aquel ambiente que desconocía, penetró en el establecimiento.

El chino sonrió abarcando en una ojeada las tentaciones adorables de aquel cuerpo juvenil

y bonito. ¡Bella conquista, exquisito manjar para un hombre como él!...

En la sala no estaba Pepe, sino en una habitación interior, y una idea maligna se encendió en la mente del chino.

—Pepe el de Singapur está arriba — murmuró—. Acompañeme a su habitación.

Ella dudó un momento... Le parecía peligroso ir con aquel hombre...

—Está enfermo y hubo que llamar al médico—explicó Chao Wing—. No tenga miedo, señorita...

—Subamos...

Y dirigió una mirada a todas aquellas gentes de la taberna, hombres y mujeres que contemplaban a Rosa María con curiosidad. Buena cosa... ¡El chino tenía buen gusto!

La pobre joven armándose de valor, evocando la figura de su amado por la cual ella sorteaba toda clase de peligros, siguió al oriental.

Penetró en la habitación de Pepe, y no vió a nadie... Tras ella Chao Wing cerró la puerta.

—¿Pero dónde está Pepe? — preguntó, sorprendida.

—No vendrá por ahora. ¿No le sería lo mismo exponerme a mí sus deseos?...

Y acarició torpemente el rostro de la joven que retrocedió asustada dándose cuenta de la celada. ¿Qué había hecho? ¿Por qué estaba allí?

Chao Wing la miraba con mimo, pero con la fría voluptuosidad de las razas orientales.

—No te enfades, chiquilla, eres una hermosa flor blanca, no me desagradas.

Y avanzaba hacia ella, implacable, frío al parecer, pero enardecido con la seguridad de quien no está dispuesto a dejar escapar su presa...

Y la pobrecita niña que sentía perder sus fuerzas, retrocedía hacia la pared, y en sus ojos aparecían los reflejos del espanto...

Mientras, volvía a la sala del café Pepe el de Singapur.

El encargado del mostrador, señalando una de las puertas inferiores, le dijo:

—“El Inglés” está arriba, tiene conquista nueva...

—¿Otra vez? — rugió Pepe—. Luego viene la policía... y un día nos meterán a todos en la cárcel.

Enfurecido subió a la habitación. Estaba cerrada, pero escuchó gritos de mujer que parecían demandar auxilio. ¡Ah, Chao Wing, comprometiendo siempre la taberna!

Con un empujón brutal abrió la puerta y su ojo se clavó como un rayo de muerte sobre Chao Wing. ¡Oh, el miserable! Estaba con una mujer, con Rosa María!

Avanzó feroz, terrible en su cólera. ¿Cómo se encontraba allí la dulce criatura? ¿Quién la había raptado?

Rosa María, al ver a Pepe retrocedió, hacia un rincón, temblando como una niña...

—¡Bandido! — rugió Pepe el de Singapur—. ¡Defiéndete!

Su mano esgrimió una navaja, terrible y afilada hoja de acero que conocía el sabor de la sangre humana.

—Perro, ¿cómo pretendes a esa mujer? ¡Ladrón!

Chao Wing, pálido por el espanto, gritó:

—Esa mujer nada tiene que ver contigo.

—Esa mujer es la que iba a casarse con “El Almirante”, ¿entiendes? Y si yo he impedido que ellos se casen figúrate si a ti no te daré muerte...

Los ojos del chino reflejaron la sorpresa... Los dos hombres esgrimían finos puñales, y andaban por la habitación, procurando Chao Wing esquivar el golpe feroz de su adversario.

Retrocediendo Chao abrió la puerta y pasó a otra habitación cercana. Pepe el de Singapur, horrible en su fealdad, le devoraba con su pupila lúcida, blanca, de una blancura de muerte. Su mano manejaba el puñal pronto a atravesar el cuerpo de su enemigo.

Pero si Chao Wing carecía de valor para enfrentarse ante Pepe, no le faltaba audacia para esquivar su golpe feroz.

Y de modo hábil se escurrió de las propias manos de su adversario, consiguiendo ganar la

puerta y encerrar en la habitación a Pepe el de Singapur.

Un odio feroz se pintó en el rostro de Pepe. Pero ¿por qué habría venido allí Rosa María? Probablemente quería visitarle a él, quizás pedirle algo... ¡Oh, la atendería en lo que fuese!

En la habitación contigua donde Rosa María había permanecido asustada ante la feroz lucha, todo era silencio ahora.

La muchacha creyó que uno de los dos hombres había muerto. ¡Ay, si fuera Pepe el de Singapur!

Rosa María quiso huir de la habitación. Al buscar la puerta para escapar se fijó en varias imágenes que pendían de la pared y en unos objetos que estaban sobre un pequeño estante.

Rosa María conocía esas cosas... y pronto recordó su procedencia. Pepe el de Singapur las había comprado en su bazar para regalarlas a su hija. ¿Cómo estaban allí? ¿Es que en aquella taberna se encontraba también la hija de Pepe el de Singapur?

Y entretanto mientras ella contemplaba esos pequeños objetos, Chao Wing se había dirigido al mostrador y ordenaba a uno de los hombres:

—Suelta en seguida a "El Almirante" y tráelo aquí...

Pepe de Singapur renunció a perseguir por el momento a Chao Wing. Lo que deseaba era

conocer por qué motivo se encontraba Rosa María en la taberna.

Entró en el cuarto donde la dulce criatura estaba presa.

Al verla, desaparecieron todos los odios del alma de Pepe. Ella era la paz, el sosiego, una tranquilidad embriagadora... Dejó el cuchillo y se dirigió a la muchacha.

Rosa María tímidamente le dijo:

—No se extrañe usted de verme aquí. He venido para hablar con usted... Ese chino me había hecho entrar aquí asegurando que usted estaba en este cuarto.

—¡Miserable! Pero ya arreglaré cuentas con él. Hable, exprese con toda confianza.

—Pienso que si usted tiene una hija, ella me atendería en lo que voy a pedirle.

—Diga usted su deseo.

Y animó a la muchacha con una sonrisa que se partió en sus labios brutales.

—¿Dónde tiene usted al señor Henrrington? —preguntó angustiada—. ¿Por qué quiere impedir que se case conmigo?

Riendo, él respondió:

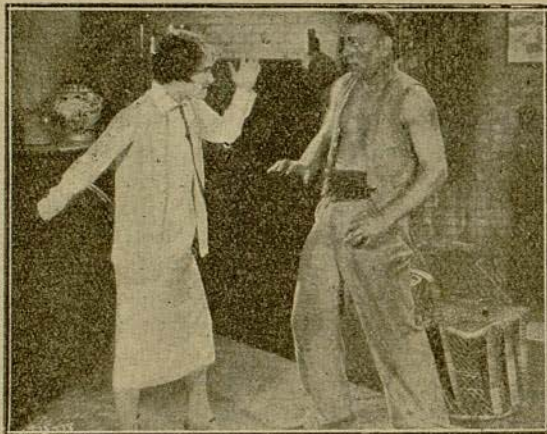
—Su padre de usted, que sabe mejor que nada lo que le conviene, me encargó que impidiese ese matrimonio...

—¡Mi padre no tiene derecho a querer semejante cosa! — protestó.

Y enardecida, como si al hablar de su padre estallase en honda indignación, continuó:

—El abandono en que me ha tenido desde que nací, me dice muy poco de este interés que quiere demostrarme...

—¡Oh, no diga eso!... — dijo Pepe, herido por aquellas palabras.



—*¡Mi padre no tiene derecho a querer semejante cosa!*

Y dolorido por el desdén que ella experimentaba hacia su padre la miró un momento con rencor, con aquella mirada que hacía retroceder a los adversarios más audaces.

Aquel ojo claro parecía un puñal que atravesase los cuerpos.

—¡No me mire usted de esa manera! — sollozó la dulce mujer.

Y como él avanzase en una actitud casi feroz, de agresividad, ella cogió el cuchillo que Pepe había dejado al entrar.

—¡No me mire así! — repitió.

Pepe bajó los ojos y con actitud de compasión ahora, de una infinita lástima hacia sí mismo al verse tratado tan duramente por Rosa María a la que quería salvar, dijo:

—¡Usted no quiere a su padre, y él, en cambio, la adora!... ¡daría la vida por usted!

—¡Bonito modo de demostrármelo! Dígame que se guarde su cariño; que lo único que quiero es que me deje en paz.

Y había tanta indiferencia despectiva en estas palabras que aquel rudo pirata sentía sollozos en el corazón, la terrible tragedia de ver insultada su paternidad.

—¡No... no hable usted así! — gimió—. Déjeme que le explique, que le diga quién es su padre...

Y aquel ojo sano ya no brillaba feroz sino que parecía humedecido por la aurora de una lágrima...

Y en aquel instante, cuando Pepe se disponía a hablar del espíritu desdichado que había en él, abrióse violentamente la puerta y apareció Henrrington, "El Almirante".

Este muchacho había sido excitado por

Chao Wing un momento antes para que fuese a luchar contra Pepe el de Singapur.

—¡Está en su cuarto con tu novia! — le dijo—. ¡Ten ese puñal y mátalos!...

Y le dió el mismo cuchillo que había esgrimido contra su socio.

Loco de furor, encendido por los celos y la ira, penetró en la habitación.

Rosa María dió un grito al verle entrar.

—¡Henrrington, sálvame!...

El marino, valeroso y audaz, dándole una mirada de amor, se dispuso a saciar su odio contra Pepe el de Singapur.

—¡Perro!... ¿quién te has creído que es Rosa María? — le gritó Pepe.

—¡Esto es lo que digó yo, miserable! ¡Ven por ella!

—¡Pirata!

Los dos se lanzaron uno contra otro con un ardor de salvajes.

Era una lucha trágica, animados aquellos dos hombres por terribles sentimientos.

Pepe al estrechar entre sus brazos a "El Almirante", deseaba estrujar al hombre que había pretendido apoderarse de la inocencia de Rosa María, presentándose, según creía él, como un corderillo que ocultase su piel de lobo.

Y Henrrington, sin conocer el terrible secreto de Pepe, deseaba matar a quien creía le robaba el amor de su novia, pretendiendo manillar su virtud.

Era una lucha brutal, como lo sería la de los hombres de las cavernas...

Rosa María gritaba, horrorizada... Sentía desfallecer su corazón ante aquellas luchas...

Pronto pareció tener ventaja Henrrington, pero Pepe el de Singapur, más fuerte, de mayor corpulencia, logró derribar a su enemigo y con las manos engarfiadas alrededor de su cuello, apretó, apretó... Quería matarle, quería estrangularle...

Rosa María se dió cuenta del tremendo peligro. Vió a Henrrington que era todo su amor bajo aquel apretado dogal que le asfixiaba...

Dió un terrible grito y blandiendo el puñal se lanzó contra Pepe y se lo hundió en la espalda hasta el puño.

Pepe la miró, angustiado, brilló en su ojo una chispa de horror, se levantó tambaleándose y dejóse caer en una silla.

Rosa María no resistió más. Sus piernas se doblaron y quedó tendida en el suelo, como muerta...

"El Almirante", volviendo en sí de los horrores de la lucha, se acercó a Rosa María y creyéndola muerta comenzó a gritar, a sacudir su cuerpo, a llenarla de besos.

—¡Rosa María, mi Rosa, mi pequeña!... ¡responde!... ¡No quiero que mueras!

Allí, en una silla, Pepe el de Singapur, sintiendo desgarrada su espalda por la terrible he-

rida abierta, parecía sufrir todavía más al ver a Rosa María en el suelo.

¡Su hija, su adorada hija! ¡Y era ella quien le había dado muerte a él, a su padre!



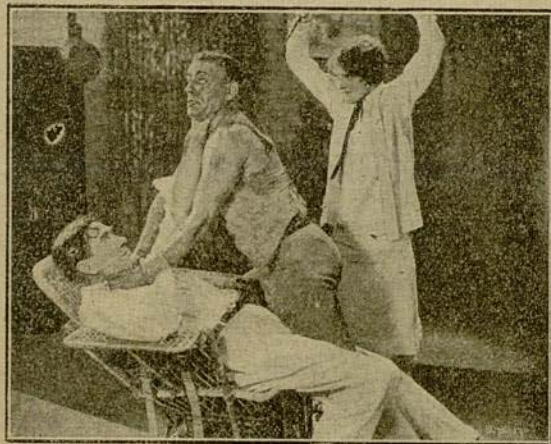
*...pero Pepe el de Singapur, más fuerte, de mayor corpulencia...*

Henrrington, desdeñando a Pepe, sólo pensaba en hacer volver en sí a la muchacha.

—Mi pequeña, ¿no respondes? Y yo que te quiero con toda mi alma... Rosa María, tú eres mi regeneradora, tú me has enseñado el camino de la vida honrada. Rosa María, despierta...

Su acento era tan sincero, tan hondamente trágico que hirió el corazón del pirata.

Sí, sí, su hermano Jaime tenía razón... Bastaba oír las palabras desesperadas de "El Al-



*...y se lo hundió en la espalda hasta el puño.*

mirante" para convencerse de que estaba arrepentido, de que aquella Rosa María había cambiado la vida de él.

Y dirigiéndose a Henrrington le habló con voz rota:

—¡Cuánto debe de haberle querido ella a usted para que haya hecho esto!

El inglés respondió acariciando el rostro de la chiquilla.

Pepe contempló a la joven y la vió respirar...  
¡Vivía!

El pirata se prometió no confesar la verdad



*Su acento era tan sincero, tan hondamente trágico, que hirió el corazón del pirata.*

en aquella hora postrera. No, no, que ella no supiese nunca quién era Pepe el de Singapur... que nunca pudiese averiguar que había dado muerte a su padre...

Quería evitarle ese horroroso arrepentimien-

to. ¡El se moría, se moría!... Deseaba en esta hora última hacer feliz a Rosa María...

—Ese maldito chino — murmuró — Chao el inglés... hay que salvarla de él... Mi barco está listo... dese usted prisa, Henrrington... llévese a Rosa María...

“El Almirante”, extrañado por aquella autorización del pirata, levantó a Rosa María y al ponerla sobre sus hombros, ella volvió en sí...

Clavado en su silla Pepe, se sentía morir...

Abrieron la puerta para escapar de aquella terrible guarida.

Pero ante ella, Chao Wing les privaba el paso.

—¡Atrás... nadie se llevará de aquí a esa mujer!

Pepe se levantó con dificultad... Se tambaleaba, pero tuvo ánimos para esgrimir un puñal e ir al encuentro de su socio.

Henrrington y Rosa María dejaron pasar a Pepe que salió de la estancia en persecución del chino.

Chao llevaba en las manos otro cuchillo, pero pretendía esquivar la lucha con el poderoso adversario.

El chino descendió por la escalera hacia la sala del café... En lo alto junto a la escalera apareció la figura recia, poderosa y terrible de Pepe.

Y tras ellos, muy juntos, como deseosos de



protegerse del peligro. Henrrington y Rosa María.

Hubo un instante de suspensión, de pánico... ¡Dos hombres iban a matarse!

Chao Wing aguardaba en la escalera... Pepe



*El chino descendió por la escalera hacia la sala del café...*

avanzó, alzó la mano, pero de pronto le faltaron las fuerzas, sintió que el último soplo de vida se escapaba de él por el desgarrón de la espalda, y desplomándose repentinamente sobre la baranda de la galería cayó al salón de un modo aparatoso.

En aquel instante llegó el Padre Jaime, quien corrió a atender a su hermano.

Henrrington y Rosa María huyeron del cafetín, donde reinaba la muerte...

Poco después, Pepe, en su cuartucho, agonizaba. Y estrechando la mano de su hermano, le decía:

—La he vuelto a ver, Jaime... ¡No le digas nunca que yo soy su padre... nun... ca!

Quedó inmóvil, yerto... El sacerdote rezó por él una oración.

... Pasó algún tiempo... El padre Jaime cumplió la promesa de Pepe... Jamás Rosa María supo que había dado muerte a su padre.

Un día se casaron Henrrington y Rosa María, y poco después partían para Inglaterra a olvidar la pesadilla de aquellas tierras de Oriente...

Y a medida que avanzaban hacia Europa sentían desprenderse de ellos todo su pasado para vivir por lo único eterno: el amor.

F I N

**Próximo número:**

La encantadora comedia

## **LA NUEVA TELEGRAFISTA**

por André Roanne y Yette Armell

**EXCLUSIVA ESPECIAL GAUMONT**

Postal-fotografía-regalo: ROBERT AGNEW

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

sale todos los miércoles. Precio: **25 cts.**

**¡SIEMPRE LAS MEJORES PELICULAS!**

Pida usted en su quiosco o librería el último éxito de

**EDICIONES ESPECIALES**

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**

## **EL JUDIO ERRANTE**

**ASUNTO SENSACIONAL ¡GRAN ÉXITO!**

80 páginas de texto y además 16 páginas con 32 ilustraciones de la película.